EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm. 9486

PRECIOS DE SUSCRIPCION: En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MIERCOLES 14 DE JUNIO DE 1893.

CONDICIONES: El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 1.

LEGIA JABONOSA

DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGÍA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Ruiz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castelini 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Marino Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Pasas; D. Ginés García Cánabate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5; don Víctor Martínez, plaza del Sevillano; Don Diego García, Serreta; Don Manuel Foyedo Martínez, Morería baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle del Duque; Don Cecilio Cutillas, Serreta; Don Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Moreno, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Roldán; D. Manuel Hernández, D. Matías 24; D. Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez é hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; D. Anastasio López calle de la Palma, Doña Josefa Luci, Caridad, 9, panadería.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de Martín Delgado, 2, pral. Cartagena.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISIÓN DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Abufradores para la vid.—Tapona-deras.—Ingertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Canditos.—Barrenas.—Picos.—Legonas.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustres, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

UN ALMA QUE VIENE Y OTRA QUE SE VA.

I.

¡Tener un hijo! He aquí la aspiración suprema de aquella mujer.

¡Cuantas veces la sorprendí embelesada, mirando al espacio, como si en él buscara el alma del angel que había de animar á aquel hijo tan esperado!

Su mayor placer consistía en la confección del canastillo. Desde la mañana á la noche se la veía junto al balcón, sin dar paz á la aguja, ora uniendo las telas que habían de formar la diminuta camisa, ora entretenida en bordar sobre finísimo lienzo las iniciales del nombre que había de llevar, cuando naciera, el pequeño ser que antes de venir al mundo constituía el mayor encanto de su vida.

Cuando el crepúsculo de la tarde se anunciaba y las primeras sombras penetraban en la habitación, abandonaba la costura y se entregaba en brazos del, para ella, más dichoso de los sueños.

Con las piecesitas de ropa puestas sobre la silla en que apoyaba los pies y con el pensamiento fijo en lo que era para ella supremo deleite, dejáse arrastrar por la fantasía.

Considerábase madre antes de serlo y cuando aun la naturaleza no había llamado al mundo de la luz al ser que se agitaba en su seno, ya lo veía ella en su imaginación y le daba forma y vida adornándole con todos los encantos de la niñez.

¡Qué hermoso iba á ser su hijo!

Ella había visto en el escaparate de la tienda de la esquina un cromo que era una preciosidad; representaba un niño desnudito, con una cara que parecía hecha de hojas de rosa. Cuando salía á la calle se pasaba las horas muertas contemplando la estampa; parecía como si quisiera fotografiarlo en su cerebro.

Cuando á la caída de la tarde dejaba la costura y se entregaba á sus sueños, evocaba en su imaginación el niño de la estampa y allí en las profundidades de su cerebro se representaban las escenas más tiernas que pueden halagar el corazón de una madre.

Con el pensamiento daba vida al niño de la estampita que había de ser —y esto era cosa fuera de toda duda para ella—el vivo retrato del hijo que había de venir; se lo ponía sobre la falda y le iba vistiendo mentalmente las diminutas vestiduras que tenía delante, guardadas en el canasto de la costura ó diseminadas sobre las sillas.

Después... ¡qué de besos! ¡qué de abrazos! ¡qué de conversaciones sostenidas con aquel chiquitín ideal que fijaba en ella sus ojillos sonrientes como si pidiera nuevas caricias!

El semblante de la futura madre se transfiguraba en tales momentos y en él se transparentaban las mil sensaciones que en su alma sentía. Diríase al verla que iba á convertirse de mujer en angel.

Cuando alguna impresión exterior venía á sacarla de su arrobamiento, para traerla á la vida real, las lágrimas empañaban sus ojos; pero eran lágrimas de felicidad, vertidas al pensar que en breve no serían simplemente sueños aquellas imágenes de ventura que brotaban en su imaginación á impulsos de sus deseos.

II.

Todo llega en el mundo y llegó también el momento supremo. Fue una escena horrorosa muy distinta de aquella que había acariciado en sus sueños la pobre mujer.

¡Pobrecita! Deseaba ser madre y apenas tuvo tiempo para pensar que lo era. Anhelaba ver en su seno al hijo de sus entrañas y cubrirlo de besos y no pudo darle ni uno solo. La suerte se burló de sus afanes y la hizo blanco de sus iras.

Era el crepúsculo de la tarde cuando el sol de la felicidad elevábase en el horizonte de la vida de aquella mujer; pero apenas nacido, ancho nubarrón se extendió sobre él y las sombras de la muerte empañaron aquellos ojos que buscaban con avaricia el cuerpo del hijo querido.

Un momento llegaron á los oidos maternales los vagidos del niño que venía á la vida... Después, el frío de la muerte se extendió por el cuerpo de la infeliz y la hizo dormir el sueño eterno.

La que esperaba ser tan dichosa no pudo serlo ni un instante. Antes de que llegase á sus labios la miel de la dicha, partió hacia las regiones celestiales para pedir á Dios por la felicidad de su hijo.

MARIO.

COLABORACION INEDITA.

LUIS XIV Y LA VALLIERE.

I.

Rodando por esos mundos á merced de la casualidad, como las hojas que vuelan solas por los caminos, encontráronse vendiendo periódicos en la esquina de aquella plaza.

Los dos ignoraban de donde venían; su ayer era una sombra tenebrosa, una triste infancia privada de regocijos; su vida no comenzaba como la de todos los niños por un rayo de luz.

Ambos recordaban confusamente blasfemias, bofetadas, lágrimas, noches de intemperie, los mutilamientos de guardilla y sobre el tropel de las lúgubres remembranzas, destacábase con líneas más fijas, la silueta regular é inmovil de un cadaver, quizá el de su padre ó de su madre.

No retenían más en la memoria; luego, los años habían desvanecido semejantes negruras y ahora con sus catorce primaveras, lo pasaban uno y otro satisfechos, contentos, sin ambiciones, resignados con su suerte, gozando de su libertad, de su hermosa libertad de pájaro, viviendo con los cocheros, los vendedores y los gurrapos ehmedio de la calle.

En cuanto se vieron por primera vez se guardaron; ninguno de los dos se dejó la lengua, sus miradas se dijeron las tristezas sentidas, con esa ingenuidad peculiar de los ojos que no saben fingir; la mutua miseria despertó sin duda la atracción recíproca, y enseguida surgió entre ambos la más dulce fraternidad; á los ocho días se trataban como si se hubieran criado juntos.

Su desamparo comunicó desde luego á su amistad un extraño carácter; la debilidad femenina de la niña se sentía apoyada en la fortaleza varonil del muchacho, y, sin percatarse del lance, por natural impulso, él empezó á protegerla á ella y ella se dejó proteger por él.

Antes de conocerse los colegas de oficio, unas veces en veras y otras en bromas, con la exuberancia inagotable ingénita en los hijos del arroyo, maltrataban á la chiquilla sin compasión; ahora, topáronse con los cachorros del pozo que arrimó una tolina á mas tercio y no la volvieron á tropezar.

En la imprenta en que adquirían el papel, el rapaz sacaba sus manos y las de su compañera, para evitarle tamaña desazon y en la plaza donde pregonaban los diarios, no se apartaba apenas de su lado por si algo le ocurría.

De esta suerte aquellos dos corazones vírgenes no acabados de viciar á pesar de su abandono, en los que existía un fondo de rectitud bajo las apariencias cínicas de su existencia maleante, al modo de las tierras sanas de un erial que el azadón descubre, se unieron con una fiereza suprema, en un lazo vigoroso y el mes de abril en que entró su juventud hizo lo demás.

II.

Aquella tarde pregonaban los dos á grandes voces por los alrededores del Hipódromo el programa de las carreras y no se daban punto de reposo, corriendo de aquí para allá con las vilantes hojas en la mano y asaltando cuantos tranvías llegaban al lugar de la fiesta abarrotados de gente.

El tiempo mostrábase indeciso desde por la mañana y á ratos se ocultaba el sol detrás de un velo de nubes grises que salían renovándose sin cesar por el sur, hacía un calor tremendo y la atmósfera caliginosa y enrarecida pesaba sobre los cuerpos, hundiéndolos en una invencible laxitud.

Los devotos hípicos no cedían sin embargo en su entusiasmo ante las amenazas de próximo temporal y seguían acudiendo como un rio que se desborda.

Y no en vano amenazaba el cielo. A media tarde se levantó un vientecillo sospechoso, que trajo en sus alas esos remolinos de polvo precursores de las tormentas, las nubes se soldaron ennegreciéndose, y de pronto, sin truenos en silencio, como con una intención ladina cayeron cuatro gotas recias, anchas y y despues empezó á llover con tanta rapidez que el lugar se disfumino detrás de una verdadera cortina de agua.

La dispersión fue general, todo el mundo corrió á refugiarse bajo algun techo y la gente invadió las tribunas del Hipódromo, el palacio de las Artes y la Industria, la última casa del paseo, el kiosko de espera del tranvía.

Los dos muchachos buscaron también un refugio, pero anduvieron poco listos ó despreciaron la nube y solo acertaron á refugiarse bajo un árbol, permaneciendo allí pegados uno á otro y libres por el pronto del formidable chaparrón.

Pero de pronto le cayó á ella una gota en el rostro y luego otra; la ropa se filtraba. ¿Qué hacer?

No descubrían ningún lugar de amparo que no estuviera tomado por la gente.

El turbión arreciaba con más furia. Entonces se le ocurrió al rapaz una idea salvadora.

Vaciló un momento.

Estaban comenzando las carreras, es seguro que pasado el chaparrón se vendería todo el papel; tenía un par de pesetas que su madre le había dado; con ellas vendrían á maravilla para pagarle el alojamiento de una noche.

Pero su novia se mojaba y ya la veía de agua la corría por el pelo... Y con lo enclenque de su naturaleza...!

No titubeó más; olvidóse de la buhardilla; la miseria, de todo; y sosteniéndola con el brazo en alto, formó á la muchacha un paraguas protector sobre su linda y juvenil cabeza.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

(Prohibida la reproducción)

COLABORACION INEDITA.

EL AIRE

¡Que hermoso es el aire! exclamaba yo el otro día al sentir oprimidos mis pulmones por un calor que de seguro tenía más grados que un buen agnardiente, que la vanidad de un necio, ó que los que tiene en su imaginación y ve en sueños un cadete recien uniformado. ¡Que hermoso es el aire! decía, y al mismo tiempo, y sin darme cuenta de ello, pensaba en lo terrible de una muerte por asfixia, y buscaba en mi imaginación algo con que compararla ó algún amigo muerto por tan terrible medio á quien pedir noticias sobre las diversas sensaciones que deben experimentarse. Ni una cosa ni otra pude encontrar, pero descubrí, en cambio, que existen tantas clases de asfixias como diversas clases de aires se conocen, desde los *nauseabundos* hasta *el aire de familia*.

La más terrible de todas las asfixias es la del amor; el hombre necesita una atmósfera respirable, para los pulmones y otra no tan respirable para el corazón. La primera se proporciona el más ligero céfiro; la segunda la más ligera mujer. De estas dos ligeras resulta la vida. Desde la dama aristocrática, huracán que arrolla en su carrera el aire dichado que osa ponerse por delante, hasta la modistilla, brisa que acaricia suavemente los pétalos de la existencia de cualquier prójimo, todas son aire, todas nos *conmueven*, todas nos hacen ondular á impulsos de su capricho. Un cantar que yo he oido no sé donde es cuando dice:

«Yo me enamoré del aire,
del aire de una mujer,
como la mujer es aire
en el aire me quedé.»

Y esto es una gran verdad.

¿No habeis oido nunca decir? ¡que airosa es esa mujer! Pues aquí teneis demostrado lo que yo os aseguraba.

¡Adios! ¡Ya me he constipado!

La mujer no necesita de nosotros para poder vivir y respirar. Menos idealista que el hombre, alimenta menos ilusiones, ó lo que es lo mismo: consume mucho menos aire.

De aquí que baste á sus necesidades el escaso que les produce su abanico.

Nosotros no tenemos más que un abanico posible: la muger.

¿Y por qué lleva la mujer abanico? Pues por la misma razón que lleva el cazador escopeta. Por que es su arma.

¿Y para qué lo lleva?

A los quince para llevar *algo en la mano*; á los veinte para *hacer* señas al novio; á los cuarenta para *hacerse aire* y y á los sesenta para *hacerse ilusiones*.

Todos os acordaréis de aquellos japoneses que hace algunos años llamaban la atención en el Circo de Price por sus extraordinarios ejercicios. Recordaréis también que una de sus más aplaudidas suertes, era la de aquella mariposa de papel, que se movía á impulsos de un abanico, yendo detrás de él en todas direcciones. Pues bien el hombre es esa mariposa, que la mujer con su abanico agita, trae, lleva, y cuando se ha cansado del juego y ha hecho admirar su destreza ¡adios mariposa!

Supongamos que el hombre vé á una mujer, lo cual no tiene nada de extraño á no ser ciego; supongamos que es